

UNA “ISLA” EN GIBRALTAR: ¿IMPRECISIÓN CRONÍSTICA O REALIDAD FÍSICA ANTES DE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIV?¹

Manuel López Fernández / Universidad Nacional de Educación a Distancia. Instituto de Estudios Campogibraltares

APROXIMACIÓN AL TEMA

Todo aquel que se aproxime al relato que hacen las crónicas² de Alfonso XI del cerco a Gibraltar en 1333 y al de Algeciras en 1342-1344, descubrirá para su sorpresa que en ambas se repiten una y otra vez la llamativa circunstancia de que en algún punto de la costa, próximo al mediodía de la villa, existía una isla. El motivo para reiterar las referencias a esta isla —hasta quince veces en el sitio de 1333—, era que el ejército castellano quería controlar el flanco sur de fortaleza gibraltareña para cercarla en su totalidad. A tenor de lo que sabemos con respecto al Gibraltar del siglo XIV nos resulta imposible admitir la existencia de semejante isla; pero este posicionamiento nos conduce a la comprometida postura de aceptar que el cronista no conocía el término adecuado para definir el accidente geográfico que allí existía en caso de que éste no fuese una isla como tantas veces repite. Porque puede pensarse que Fernán Sánchez de Valladolid y sus colaboradores —clérigos en su mayoría—, lo que pretendían decir era que se combatía al mediodía de la villa para hacerse dueño de la “playa” que allí existía; pero se da la circunstancia que este vocablo en concreto procede del latín y ya figuraba en las *Etimologías* de San Isidoro,³ aunque Joan Corominas por su parte nos indique que la encuentra por primera vez en el Poema de Alfonso XI,⁴ obra que fue terminada en 1348 poco después que la crónica de Alfonso XI.⁵

Al hilo de esto último, se puede sospechar que el término “playa” se comenzara a utilizar en el castellano por aquellas fechas, pero tampoco queremos descartar la posibilidad de la existencia por aquellos tiempos de una pequeña isla que pudo pasar a intramuros de las fortificaciones de Gibraltar cuando los benimerines levantaron su muralla litoral después de la pérdida de Algeciras en 1344. No obstante, como por ahora no podemos aportar otra cosa que las citas cronísticas, nuestra

1 Este trabajo forma parte del proyecto, *Castilla y Aragón en la guarda del Estrecho (1292-1350)*, becado por el Instituto de Estudios Campogibraltares.

2 Aquí nos referimos a dos crónicas concretamente. En primer lugar a la *Corónica del muy alto et muy católico rey don Alfonso el Onceno*. Vol. I de las Crónicas de los reyes de Castilla. Biblioteca de Autores Españoles, vol. LXVI. Ediciones Atlas. Madrid, 1953. (En adelante la citaremos como *Crónica*). En segundo lugar, a la *Gran Crónica de Alfonso XI*. (En adelante, *Gran Crónica*). Preparada por Diego Catalán. Editorial Gredos. Madrid, 1976.

3 Así podemos verlo en Joan Corominas: *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana*. Editorial Gredos. Madrid, 1976, vol. III, p. 816.

4 *Ibidem*..., p. 815. Según este autor allí se lee: “Los puertos no nos detengan, / e fallarnos han consigo / en las *prayas* de la marisma” (1300b). “vio Çepta como yasia, / las torres bien blanqueando, / todas las torres bien mira / e los puertos fue pasar, / en la *playas* de Algeciras / su pendon fiso posar” (2129c).

5 Fernando Gómez Redondo: *Historia de la prosa medieval castellana*. Ediciones Cátedra. Madrid, 1999, vol. II, p. 1262.

postura no pasará de ser una hipótesis que los arqueólogos se encargarán en su momento de confirmar o desmentir, pero que nosotros fundamentamos ahora en los reiterativos indicios de las crónicas, en el desarrollo de los cercos a Gibraltar anteriores a 1350 y en la evolución de las fortificaciones situadas en el costado occidental de la villa hasta principios del siglo XVII; años éstos en los que Luis Bravo de Acuña hace referencia a la protección que todavía gozaba Gibraltar por el lado de la Bahía “*al hauer puesto la Naturaleza en toda la circunferencia de la ciudad, y desembarcaderos hasta el muelle nuevo, un círculo de escollos, que a mar baja ni llena pueden arrimarse las lancha ni otros barcos.*”⁶ Cita que recogemos para anticipar el nulo parecido de la actual configuración de la fachada litoral de Gibraltar en su costado occidental con la que tenía en el siglo anteriormente citado y, mucho menos, con la que pudo haber tenido en tiempos anteriores a la primera mitad del siglo XIV.

GIBRALTAR ANTES DE 1333

Al hilo de lo que historiadores y arqueólogos han escrito sobre Gibraltar, no debe sorprendernos que a la altura de 1060 —cuando el emir almohade Abd al-Mu`min mandó construir su *madina*⁷—, el agua llegara hasta el escarpe rocoso donde se asentaba la Villa Vieja y que las puertas de acceso a la misma —desde el istmo y desde el monte— estuviesen sobre terrazas situadas por encima de los treinta metros sobre el nivel del mar. Debió ser más tarde, al aumentar la actividad naval y construir algún pequeño muro en dirección este-oeste para que hiciera las veces de muelle y protegiera a las naves que se acercaban al Peñón, cuando de alguna manera se frenó el flujo de la corriente que bordea la bahía de Algeciras por su lado de levante⁸ y la arena se fue depositando en la en cara noroccidental del Peñón provocando el ensanche del banco arenoso donde posteriormente se asentó Puerta Tierra. Ni debe sorprendernos tampoco que aquella fortaleza, ampliamente ensalzada por ciertos autores musulmanes, no fuese capaz de soportar por mucho tiempo la primera prueba de resistencia a la que fue sometida por los acontecimientos políticomilitares en el verano del año 1309. En esas fechas, concretamente a finales de julio del citado año, los castellanos pusieron sitio a la ciudad de Algeciras y unos días más tarde iniciaron también el cerco a Gibraltar. La crónica de Fernando IV resume la situación con estas palabras:⁹ “*E luego a pocos días desque el rey don Fernando ovo cercado Algecira, envio a don Juan Nuñez e a don alonso Peres de Guzman e al arzobispo de Sevilla e al concejo de Sevilla a cercar a Gibraltar e pusieron dos engeños e combatieronla muy fuerte a la redonda con ellos a guisa que lo non pudieron sufrir los moros e ovieron de pleitear con el Rey que fue y, e dieronle la villa...*”.

Menciona la citada crónica los que intervinieron por parte castellana, pero nada dice de la colaboración de la flota aragonesa al mando del almirante Gisbert de Castelnou. Por ello diremos que este hombre había llegado a Algeciras con anterioridad a que lo hiciera el rey castellano y como consecuencia directa del acuerdo de Alcalá de Henares, firmado entre Fernando IV de Castilla y Jaime II de Aragón. Así que a la llegada del rey castellano a la ciudad del Estrecho, viendo que estaban allí las naves aragonesas, se dispuso que Algeciras fuese cercada por tierra y mar. A los pocos días, una vez formalizado el sitio, se presentaron al rey de Castilla don Alfonso Pérez de Guzmán y el almirante de Aragón para solicitarle que los dejara acercarse a Gibraltar con el objeto de evaluar las posibilidades de hacerse con la plaza. Vieron que era un lugar fuerte, pero ellos trazaron un plan de ataque que recibió el beneplácito del monarca y se llevó a la práctica en los primeros

6 José Antonio Calderón Quijano. *Las fortificaciones de Gibraltar*. Sevilla, 1968, p. 56.

7 Antonio Torremocha Silva y Ángel Sáez Rodríguez. “Fortificaciones islámicas en la orilla norte del Estrecho”. *Actas del I Congreso Internacional Fortificaciones en al-Andalus*. Algeciras, 1998, p. 181. De los mismos autores: “Gibraltar almohade y merini”. *Almoraima*, nº 25. Algeciras, 2001, p. 186.

8 Al parecer existen dos corrientes que bordean este litoral, pero sin duda alguna la que circula procedente de la desembocadura del río Guadarranque hacia la entrada de la Bahía, transporta más sedimentos que la que lo hace en sentido contrario. La muestra de que esto es así la tenemos en que los diques construidos recientemente forman playas por su cara norte, mientras que la que mira al sur queda completamente descarnada.

9 *Crónica...*, p. 163.

días de agosto. El ataque fue tan efectivo que al poco tiempo los musulmanes gibraltareños pidieron que se les diera un aplazamiento antes de entregarse definitivamente. Diremos sobre esto que, el día 9 de septiembre de 1309, Diego López de Haro¹⁰ contestaba a una carta que le había enviado el rey Jaime II de Aragón; informaba el noble castellano al rey aragonés de algunos aspectos del cerco de Algeciras, pero con respecto a la plaza del Peñón le decía que Fernando IV tenía “... *aplasada Gibraltar e an gela de entregar este viernes primero que viene*”.

Los días que Gibraltar había resistido a sus asaltantes no los conocemos con precisión, pero considerando el tono sorprendente que manifiesta Diego López de Haro posiblemente no llegara a un mes. Sin duda, la carta que envió Alonso Pérez de Guzmán a don Jaime de Aragón el día 12 de septiembre, ya con Gibraltar en manos cristianas, es más esclarecedora al respecto. Dice Pérez de Guzmán al rey de Aragón:¹¹ “*Et señor el Rey envio aquí don Juan Nunes e a mi, e otrosi don Gisbert con las vuestras galeas vino y. Et señor de guisa fue combatido una ves que no osaron y despues atender otro combatimiento, en guisa que loado sea Dios que con el esfuerzo e la ayuda que don Guisbert con la gente de vuestras galeas y fisieron, que el lugar que se dio al Rey...*”.

Hasta el mismo Pérez de Guzmán parece sorprendido por la rapidez de la conquista gibraltareña haciendo hincapié en el hecho de que los defensores no soportaron más que el primer asalto antes de pedir un aplazamiento. De ello se infiere que la fortaleza de Gibraltar fue tomada con cierta facilidad en el momento que se le sitió “a la redonda”, por utilizar términos medievales. Su punto flaco, según podemos entender de todo lo anterior, era el lado que miraban al monte, y a éste era fácil acceder en el momento mismo que se desembarcaba en las arenas de su costa occidental. De aquí la fundamental ayuda prestada por la gente de la flota aragonesa según refiere Alonso Pérez de Guzmán. Una vez la plaza en poder de los castellanos, nos parece razonable que Fernando IV¹² reparara los desperfectos de las murallas y, sobre todo, que levantara una torre en punto más alto de la villa. También, en este orden de cosas,¹³ “... *mando labrar una tarazana desde la villa fasta la mar, porque estudiesen las galeas en salvo...*”. Esta cuestión de la seguridad de las galeras es la que nos invita a pensar en la posibilidad de que fuese en tiempos de Fernando IV cuando se ordenó construir también las murallas que flanqueaban las mismas atarazanas por sus lados norte y sur, ya que no tenía sentido dejarlas desguarnecidas después de la experiencia vivida.

Con estas disposiciones Gibraltar debió ganar en seguridad. Podemos suponerlo así a tenor de las circunstancias que se dieron en el verano de 1316. Con antelación a esta fecha, concretamente el mes de mayo,¹⁴ el infante don Pedro —tío del ya difunto Fernando IV de Castilla—, entró en la Vega de Granada e infligió una severa derrota a los granadinos. Después se retiró a Córdoba y allí estaba todavía cuando¹⁵ “*llególe mandado de como los Moros se ayuntaban todos para ir a cercar Gibraltar*”. Entendiendo que ese “*todos*” del cronista se refiere a los de Granada y a los de África, habrá que aclarar que estos últimos fueron los encargados de proporcionar el apoyo naval necesario porque los musulmanes sabían perfectamente que para recuperar Gibraltar se precisaba el empleo de una flota. Y se deduce, por lo que cuenta Ibn Abi Zar,¹⁶ que Yahya —entonces gobernador de Ceuta—, era quien mandaba la flota ya que precisamente fue este caid quien “acampó sobre Gibraltar, la sitio unos días y entró en sus arrabales”. Pero no consiguió entrar en la villa porque le llegaron noticias de que don Pedro había armado una flota que se encaminaba desde Sevilla hacia el Estrecho, mientras el infante en persona

10 Andrés Giménez Soler. *La Corona de Aragón y Granada*. Barcelona, 1908, p. 160

11 *Ibidem*..., p. 161.

12 *Crónica*..., p. 163. “... *e mando labrar los muros de la villa que derribaron los engeños, e otro si mando labrar una torre encima del recuesto de la villa*”.

13 *Ibidem*.

14 Ibn Al-Jatib. *Historia de los reyes de la Alhambra. El resplandor de la luna llena*. Traducción e introducción de José María Casciaro Ramírez. Granada, 1998, p. 89.

15 *Crónica*..., p. 181.

16 Ibn Abi Zar. *Rawd al-Qirtas*. Traducción y anotaciones de Ambrosio Huici Miranda. Valencia, 1964, vol. II, p. 727.

se dirigía al frente de un fuerte ejército desde Córdoba a Gibraltar.¹⁷ No precisan los cronistas de la época cuánto tiempo estuvo cercada la plaza en esta ocasión, pero hemos de suponer que fueron más días que en 1309 porque el infante don Pedro tuvo que ir de Córdoba a Sevilla para armar la flota y esto último, además de la posterior vuelta a Córdoba, debió llevarle un tiempo.

LOS CERCOS DE 1333

Por lo que vemos, el incremento de las fortificaciones estaba dando buenos resultados en Gibraltar. Sin duda, los castellanos no dejaron de mejorar sus defensas porque en 1333 la plaza resistió el cerco del infante Abu Malik desde finales de febrero a finales de junio y cuando se entregó la fortaleza fue porque su alcaide, Vasco Pérez de Meyra, llegó a un acuerdo en este sentido con el infante merini. Como es bien sabido, Alfonso XI tardó en reaccionar y acudió tarde a defender Gibraltar; en las proximidades de Jerez estaba acampado cuando se enteró por el almirante Jofre Tenorio que su alcaide había entregado Gibraltar a Abu Malik.¹⁸ El 27 de junio de 1333 llegó Alfonso XI con su hueste al istmo frente a Gibraltar¹⁹ y acampó en los arenales en una zona cuyo centro podía estar en la esquina suroccidental del actual parque Princesa Sofía alcanzando las playas de poniente, ya que estaba esperando la llegada de la flota castellana con víveres y pertrechos. Al día siguiente de la llegada y sin esperar a los barcos con las provisiones, iniciaron una maniobra que ya era común a todos los que habían intentado sitiar la plaza. La crónica describe la situación de esta manera²⁰ “*Ca el Rey posaba con toda su hueste en el arenal, et de la parte de la isla²¹ et del monte non posaban ningunos de los christianos; et por esto que era menester que pasasen algunos de los christianos a posar en la isla ca de la guisa que estaban no seria el logar cercado [...]*”.

No es necesario extenderse en el hecho de que los sitiadores parecían conocer muy bien el “talón de Aquiles” de Gibraltar y por ello el rey de Castilla dispuso los hombres de su mesnada que debían iniciar la maniobra envolvente, al tiempo que indicó también a las órdenes militares y a los concejos de la Frontera que debían colaborar en la misma; por esta razón “[...] *los maestros cada uno dellos dieron gentes de las que tenían que pasasen con estos a tomar la isla*”, y lo mismo hicieron las villas de la Frontera. Así que cuando se supo quiénes iban a realizar el desembarco “[...] *el Almirante mandóle traer barcos et que pasasen por la mar, et entraron todos en los barcos. Et estos de que llegaron a la isla como eran todos gente allegadizas no cataron unos por los otros [...]*”. Y llegados a este punto se describe en las crónicas el desastre que se produjo al intentar desembarcar en la isla, porque los sitiadores no lo hicieron de manera ordenada al verse obligados a enfrentarse con los musulmanes que salieron de la villa para oponerse al desembarco. En tan desconcertante situación, continúa diciendo la crónica que la mayor parte de la gente: “*Ibáanse luego a la sierra al monte que esta encima de Gibraltar*”.

Siguiendo al cronista, y siempre a nuestro entender, parece claro que los sitiadores al desembarcar distinguen a mediodía de Gibraltar dos realidades físicas bien diferenciadas: la isla y el monte. A lo que debemos añadir la suposición de que ambos elementos debían estar comunicados por un brazo de agua de poca profundidad, porque los que huyeron de la isla pasaron al monte sin necesidad de utilizar las barcas que llevaban. Visto esto, continuaremos diciendo que las embarcaciones que habían de traer desde Jerez de la Frontera las provisiones para el ejército castellano se retrasaron más de lo debido; un fuerte viento que soplaba de Levante fue la razón por la cual los sitiadores se vieron forzados a levantar el sitio sin esperar

17 *Crónica...*, p. 181.

18 Para nosotros, la fecha de la entrega de la plaza a los merinies fue el 21 de junio. Esta es la postura que defendemos en nuestro trabajo “El itinerario del ejército castellano para descercar Gibraltar en 1333”. *Espacio Tiempo y Forma*, nº 18. Revista del Departamento de Historia Medieval de la UNED. Madrid, 2005, pp. 185-207.

19 Para más detalles véase el trabajo citado en la nota anterior.

20 *Crónica...*, p. 250.

21 Vamos a subrayar la palabra isla en todas las citas cronísticas.



Figura 1. Sobreponemos A a la “descendida” de las crónicas y a la zona donde se debió asentar el campamento que se instaló en el monte sobre la fortaleza de Gibraltar. B queda sobrepuesta a la zona donde se instalaron los “engeños” que combatieron la torre del homenaje y las atarazanas.

a los que habían quedado incomunicados en lo alto del monte. Circunstancia ésta que relata la crónica diciendo: “*Ovo el Rey grand pesar, et todos los que estaba con él en la hueste, por este mal et daño que acaesció a los que pasaron a la isla et por aquellos que estaban encima del monte, et los non podía acorrer*”.

Estando a una legua de Gibraltar, ya en el camino de vuelta, vieron las velas de las embarcaciones que venían procedentes de Tarifa y volvieron al istmo donde asentaron de nuevo. Una vez en el campamento “[...] acordaron que otro dia pasasen a la isla Don Jayme de Xérica, et con él Garcilaso de la Vega et Gonzalo Ruiz, su hermano, e Sancho Sanches de Rojas, et otros caballeros vasallos del Rey et de sus fijos...”. Pero esta vez la maniobra de desembarco se realizó con el apoyo de la caballería y de los ballesteros; por ello “[...] mandaron llegar a la costa cerca del real todos los bateles de las naves que y estaban, et metieron en ellos todos los mas caballos que podieron”.

Indiscutiblemente, las playas del lado occidental del istmo fueron utilizadas una vez más como embarcaderos de hombres y caballos; aspecto que también diferencia la crónica cuando dice que unos y otros no fueron en el mismo tipo de embarcaciones ya que “[...] don Jayme, et Garcilaso et los otros caballeros et ballesteros entraron otrosi en los barcos que no eran para llevar caballos... ..et fueron por la mar fasta que llegaron a aquellos logares por do avian de entrar en la isla”. Otra vez es la isla el punto elegido para desembarcar a pesar de la negativa experiencia de la vez anterior. No obstante, en esta ocasión la maniobra se realizó con mejores resultados que en la precedente ya que “[...] movieron contra los moros de Gibraltar que estaban en la isla” y consiguieron hacerlos retroceder hasta la villa. Una vez dueños de la situación, y tal vez porque la citada isla no le ofrecía las suficientes garantías, don Jaime de Jérica, Garcilaso de la Vega, Sancho Sánchez y los otros caballeros pusieron “[...] sus tiendas al pie del monte en la tierra bermeja”, lugar donde vinieron a refugiarse los que habían quedado abandonados en las alturas de Gibraltar un día antes. Asentados ya al mediodía de la villa, “el Rey

envió luego, a Don Jayme et a Garcilaso et a la gente otras que estaban en la isla, la vianda, lo que pudo aver de aquella que era llegada...” y allí permanecieron aquella noche y al día siguiente. Pero, como “[...] la isla fue en poder de los cristianos... ..et los caballeros que el havia enviado a la isla avian estado alli dos dias y una noche, acordaron que los Ricos-omes et los Maestres fuesen a estar en la isla cada uno con su gente...”. Por tal razón, el primero que pasó “[...] por la mar en barco a la isla [fue] don Joan Alfonso” [de la Cerda] y de allí en adelante “[...] cada uno de los otros Ricos-omes et caballeros pasaban por la mar en barcos a estar en la isla su tiempo”. Pero este ir y venir de la gente y de los animales parece que perjudicaba en sobremanera a los caballos; tal era así que algunos de ellos quedaron inutilizados por las lesiones que se producían al entrar y salir de los bateles. Por tal razón, el rey “ordenó gente cierta de caballeros de su mesnada et de vasallos de don Pedro y don Sancho sus hijos que posasen todavía continuamente en la isla”.

Hasta quince veces han repetido las crónicas que al sur de Gibraltar existía una isla, pero a partir del momento mismo que los castellanos la dominan, el cronista se olvida de lo que pasa en la misma y centra su atención en el otro elemento que allí diferenciaban: el monte. Éste, después del desembarco en la isla y del establecimiento del campamento en la “*tierra bermeja*”, estaba bajo el control de los sitiadores y por ello el rey dispuso que se instalara otro “*real de gente encima de la peña cerca de la torre mayor del omenage*”. Con este nuevo campamento la villa quedó completamente rodeada, pero lo más curioso es que la gente de este último campamento no quedó desconectada del real principal asentado sobre el istmo ya que según cuenta la crónica, “*los que posaban encima de la peña tenían una descendida contra el real del Rey; et descendían por la peña travados en una cuerda, et por ella sobian e descendían muchas gentes de a pie cada que era menester*”. Sin lugar a duda, esta “*descendida*” que mencionan las crónicas no era otra que las rampas de acentuada pendiente que suben desde el pie de la cara norte del Peñón al sitio llamado Salto del Lobo.²² Pues bien, por aquellas pendientes subieron los sitiadores hasta lo alto del monte tres de las seis máquinas neurobalísticas que trajeron de Tarifa, Cádiz y Sevilla. Los ingenios medievales debieron venir desmontados en los barcos para su transporte. La crónica resume la acción con estas palabras: “*Traxieronle seis engeños, et mando poner tres dellos encima de las peña, et los dos destos tiraban a la torre mayor del omenge et el uno tiraba a las galeas de los Moros que estaban puestas en las atarazanas de Gibraltar, et daban muchas piedras en ellas...*”.

Queda suficientemente claro que el emplazamiento de los ingenios fue en alguna plataforma que se encontraba más alta y al este de la torre del homenaje; no desde otro punto los ingenios hubiesen alcanzado las atarazanas con sus lanzamientos tal y como cuenta la crónica. Por entonces Gibraltar estaba ya completamente rodeado, por ello “[...] el rey acordo de combatir la villa a la redonda, et en aquel dia el almirante Alfonso Jufre que feciee llegar por mar gentes en navios, et que posiesen fuego a aquella flota de los Moros porque se quemasen...”. Pero he aquí que los de la flota castellana, al acercarse a las atarazanas encontraron una empalizada que les cerraba el acceso y no pudieron penetrar en las mismas; al igual que encontraron dificultades en el asalto a la torre del homenaje, por lo que aquel primer asalto a Gibraltar no dio los frutos esperados. Pero lo peor para los sitiadores estaba por llegar ya que, como bien se sabe, después de las vicisitudes de estos días tratando de apoderarse de la fortaleza gibraltareña llegó a Sierra Carbonera el rey de Granada con su ejército. Los castellanos pasaron entonces de sitiadores a sitiados y para protegerse de una posible ofensiva cavaron un foso desde una costa del istmo hasta la otra, permaneciendo a la defensiva detrás de aquel foso. Se detuvieron las operaciones de los castellanos sobre la plaza y al fin se llegó a pacto entre musulmanes y cristianos por el cual estos últimos se comprometieron a levantar el cerco sin conseguir hacerse con Gibraltar.

22 Véase detalles en imagen adjunta.

LA ISLA EN 1343 Y LAS REFORMAS ABU L-HASSAN

Dice Ibn Marzuq que cuando Abu l-Hasan tuvo a Gibraltar bajo su dominio concedió primordial importancia a los asuntos relacionados con su defensa y por ello reparó la fortaleza, reforzó los fosos, los muros y los lugares más expuestos.²³ Pero la isla objeto de este trabajo debía seguir fuera de las fortificaciones realizadas con anterioridad a los días finales del mes de octubre de 1343 porque la crónica²⁴ vuelve a mencionarla con ocasión de una situación donde el rey de Castilla se jugaba su honor y prestigio personal. Los acontecimientos que envuelven tal situación podemos resumirlos diciendo que el rey de Granada actuaba como intermediario en la conversaciones entre Abu l-Hasan y Alfonso XI para que éste abandonara el cerco de Algeciras; el granadino llegó a ofrecer a cambio la entrega de trescientas mil doblas de oro, pero como no tenía esa cantidad solicitó al rey de Castilla que le concediera un seguro para desplazarse hasta Ceuta donde recogería el montante de manos del sultán de los benimerines. Don Alfonso le garantizó que no sería atacado por el camino y para ello tuvo que dar las órdenes oportunas a los de la flota que patrullaban las aguas del Estrecho; como por parte de algunos de éstos se consideró que este canje podía ser aceptado y el rey de Granada traería la cantidad fijada desde Ceuta, un sobrino del almirante Egidio Bocanegra calculó que podía resultarle bastante rentable abordar la nave del rey de Granada. Pero al rey de Castilla no se le escapó la posibilidad de que el marino genovés intentara el asalto de la nave granadina y, previendo tal actuación, envió un mensajero a uno de los jefes granadinos que acampaba en el istmo frente a Gibraltar con la finalidad de que hicieran señales a la nave del rey de Granada y estuviese prevenido ante el presumible ataque. Actuación que se resume en la crónica con estas palabras:²⁵ “*E mandóles [el rey de Castilla] que dixesen a Roduan que ficiese facer señales de fuego en la isla de Gibraltar*”.

A tenor de esto último, llama poderosamente la atención que no se eligiera algún sitio del monte para hacer fuego; motivo por el que nos vemos obligado a pensar que la isla desde donde se haría la señal indicada debía ser un lugar en el que raramente se hiciera fuego porque, de otra manera, no hubiera llamado la atención al rey de Granada. No obstante, el barco de éste no se libró del ataque del marino genovés ni Abu l-Hasan entregó al sultán granadino el dinero que pretendía para que Alfonso XI levantara el sitio de Algeciras, así que finalmente los castellanos se hicieron con la misma en marzo de 1344. Abu l-Hasan comprendió entonces, según dice Ibn Marzuq,²⁶ “que debía reforzar con una muralla el flanco del monte, rodeándola totalmente para que al enemigo no pudiera volver a ocurrírsele atacar, al no dejar posibilidad de asedio”. En coincidencia con lo anterior, otro historiador musulmán nos habla también de las obras defensivas que se hicieron en Gibraltar en tiempos de Abu l-Hasan; esta vez se trata de Ibn Battuta, personaje que llegó al Peñón poco después de levantarse el asedio en que murió Alfonso XI víctima de la epidemia de peste extendida por el campamento cristiano. Según nos dice este autor, es probable que con posterioridad a 1344 se reforzaran también las atarazanas²⁷ porque textualmente nos dice que el emir “...edificó unas atarazanas²⁸ que con anterioridad no las había y la gran muralla que rodea el montículo rojo, empezando por la dársena y llegando hasta el tejár”. Al hilo de lo anterior, es lógico suponer que aquella muralla fuese trazada por el lado occidental de la isla pasando ésta a formar parte de las mismas fortificaciones o, con más seguridad, dentro del nuevo ensanche de la villa conocido posteriormente con el nombre de La Turba.²⁹ De una u otra manera se eliminó así el peligro

23 Ibn Marzuq. *El Musnad: hechos memorables de Abu l-Hasan sultán de los benimerines*. Estudio, traducción y anotaciones de María Jesús Viguera. Instituto Hispano-Árabe de Cultura. Madrid, 1977, p. 324.

24 Sólo en la *Crónica* porque, como sabemos, la Gran Crónica termina con el relato de la batalla del Salado.

25 *Crónica...*, p.380.

26 Ibn Marzuq. *El Musnad...*, p. 324.

27 Probablemente se cerraran entonces las atarazanas por el lado del mar; recordemos que en 1333 las galeras estaban protegidas por este lado gracias a una empalizada.

28 Ibn Battuta. *A través del islam*. Editora Nacional. Madrid, 1981, p. 758.

29 Según Tito Benady, este nombre podía proceder del árabe *Turba al-Hamra* (la colina roja). Véase así en: *The streets of Gibraltar. A short history*. Gibraltar Books. Gibraltar, 1996, p.10.

que hasta entonces había supuesto la presencia del elemento geográfico —tan repetido en este trabajo—, con respecto a las fortificaciones gibraltareñas. De cualquier modo, y para terminar este apartado, sirva decir que la eficacia de aquellas mejoras defensivas se reflejaron para Gibraltar en el hecho de que Alfonso XI volvió a cercarla en junio de 1349 y a finales de marzo del año siguiente —cuando murió el monarca castellano—, todavía no había conseguido hacerse con la plaza. No sabemos cuánto más hubiera resistido de no haber muerto el rey de Castilla en aquella ocasión, pero la duración de este cerco pone de manifiesto que con antelación al mismo se habían eliminado de las defensas aquellos puntos débiles por los que en ocasiones anteriores los distintos sitiadores había intentado hacerse con Gibraltar.

LA POSIBLE UBICACIÓN DE LA ISLA Y SU IMPORTANCIA ESTRATÉGICA

Por todo lo dicho y atendiendo especialmente a cuanto relatan las crónicas citadas, es muy posible que en la costa occidental de Gibraltar existiera una isla con anterioridad a 1344 y que la misma estuviera separada de la “*tierra bermeja*” donde don Jaime de Jérica y Garcilaso de la Vega asentaron el campamento en el cerco de 1333, porque de no estar separados ambos lugares las crónicas no hubieran dicho que “*el Rey envió luego, a Don Jayme et a Garcilaso et a la gente otras que estaban en la isla, la vianda...*”. Si por un lado este detalle parece confirmar nuestra hipótesis y nos obliga a pensar que el sitio de acampada al pie del monte y la isla eran dos lugares bien diferenciados a ojos de los que allí estaban, nos hace suponer por otra parte que el islote en cuestión debía ocupar un lugar con cierta importancia estratégica para que los castellanos desembarcaran e intentaran apoderarse de ella por dos veces antes de instalar el definitivo campamento al pie del monte. Por tal razón queremos pensar que desde la isla se pudiera controlar alguna salida, o bien impedía el acceso directo desde el mar a las más altas tierras rojas que al parecer se extendían por la mayor parte de lo que hoy es la ciudad en el lado oeste del Peñón.³⁰

Ahora bien, si dicha isla quedó embutida a mediados del siglo XIV dentro del nuevo ensanche de la villa —La Turba— y cegado el no muy profundo canal que la separaba del resto del monte, es posible que el trazado de la muralla litoral meriní pudiera proporcionarnos alguna ayuda en el intento de situar la isla objeto de este trabajo. Pero la tarea se complica cuando nuestras apreciaciones debemos realizarlas sobre un plano que fue elaborado casi trescientos años después del momento en que se levantó la muralla litoral. Como el lector puede imaginarse, nos estamos refiriendo al que muestra la figura nº 8 del informe que en 1627 elaboró Luis Bravo de Acuña³¹ ya que no disponemos de otro más antiguo ni con más detalle. No obstante, quizá sea oportuno decir a favor del mismo que el citado plano —parcialmente reproducido al final de este trabajo— puede representar con bastante fidelidad el trazado de la muralla litoral meriní y, a la vista del mismo, nos atrevemos a descartar como posible ubicación de la isla la elevación existente en las proximidades de la Puerta del Mar sobre la que se levantó la denominada Torre del Espolón³² y desde la que se hizo arrancar el Muelle Viejo en el siglo XVI.³³ Debemos descartar tal ubicación porque si nos atenemos a los sucesos que describen las crónicas, carece de toda lógica que se utilizaran las catapultas emplazadas en el monte para atacar las atarazanas, y asimismo se quisiera emplear la flota castellana cuando se intentó prender fuego a las galeras de los musulmanes. Así que rechazado este emplazamiento y dando por supuesto que los castellanos veían en 1333 una discontinuidad entre las “*tierras bermejas*” y el mar, bien podemos suponer que la

30 Véase P. F. Rose, Edward & Elizabet, C. Harmand. “Conservation and the geology of Gibraltar”. *Almoraima*, nº 15. Algeciras, 1996, p. 49. Según estos autores la franja a que nos referimos alcanza una longitud de dos mil metros de longitud por dieciséis de profundidad, alcanzando alturas próximas a los cincuenta metros sobre el nivel del mar.

31 El plano se encuentra con esta denominación en el trabajo de Calderón Quijano. *Las fortificaciones de Gibraltar*.

32 Se hace referencia a la misma en un documento de 1502. Véase así en Iganacio López de Ayala. *Historia de Gibraltar*. Edición facsímil de la Caja de Ahorros de Jerez. Jerez de la Frontera, 1982, documento nº IX.

33 El lugar al que nos referimos fue conocido en el siglo siguiente como Baluarte de San Andrés y actualmente se denomina Montagu Bastión.

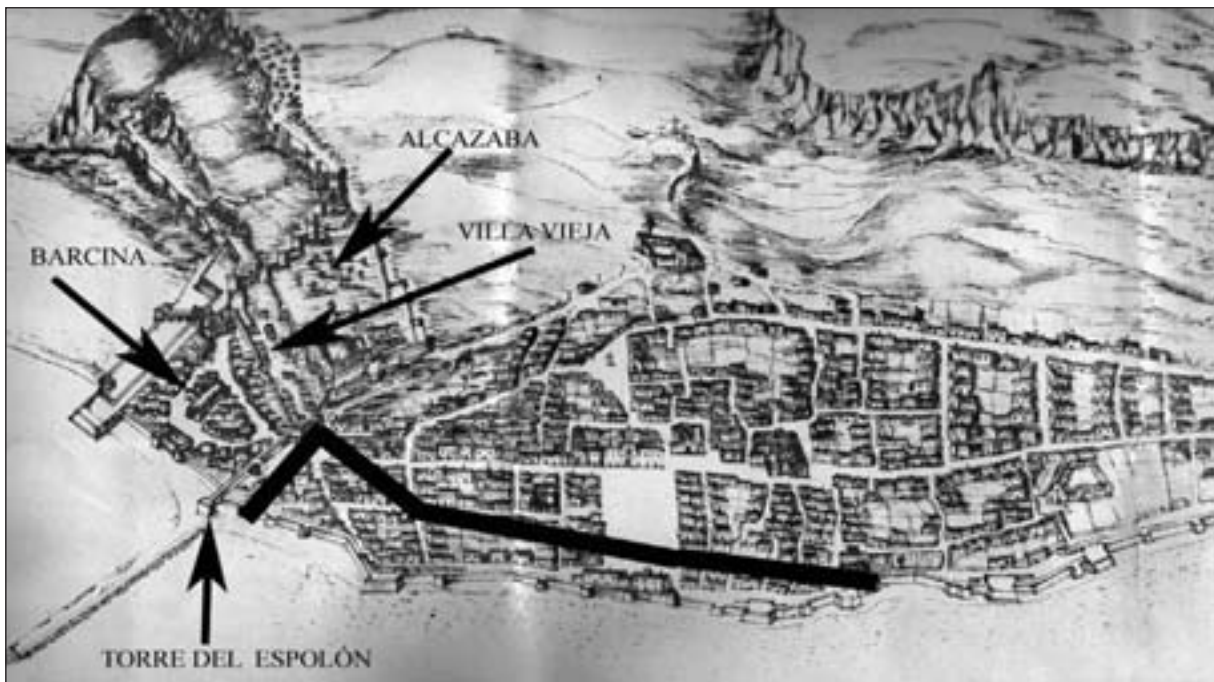


Figura 2. Sobre la figura nº 8 del libro *Las fortificaciones de Gibraltar en 1627* se señalan las diferentes partes de la ciudad a mediados del siglo XIV. Igualmente, sobre la trama urbana del siglo XVII se marca con trazo grueso el trazado de la posible depresión o foso defensivo que defendía la muralla meridional de las atarazanas y dificultaba el acceso desde el mar a las “tierras bermejas” de las crónicas castellanas.

isla en cuestión fuese una alargada franja arenosa que se extendía desde las proximidades de la Puerta de la Barcina —en el caso de que ésta ya estuviese abierta por aquellos tiempos—³⁴ hacia el sur separada del piedemonte gibraltareño por un canal que dificultaba el acceso directo desde el mar a las tierras más altas, razón más que suficiente para explicar el interés de los castellanos por hacerse con el control de la misma.

Desde luego, ateniéndonos a lo que nos dice Hernández del Portillo y hoy se puede apreciar en Gibraltar, la Puerta del Mar³⁵ era la zona de más baja cota de todo el entramado portuario merini.³⁶ Pero lo que no dice Portillo, es que al otro lado de la citada Torre del Espolón³⁷ también existía otra zona topográficamente deprimida en las proximidades de la muralla que flanqueaba La Barcina por su costado meridional. El detalle lo conocemos por Bravo de Acuña³⁸ cuando dice que entre las plataformas de San Andrés y Santa Ana había construido “*un gran pedazo de muralla que estaba arrimada (arruinada) con entrada patente a la Ciudad, junto al caño de Machin que dizen*”. Este caño, llamado también de “Machina”³⁹ en

34 Se conoce la existencia de esta puerta, pero no la fecha en que fue abierta. Debemos tener en cuenta que este acontecimiento pudo producirse al iniciarse el poblamiento de La Turba y no antes.

35 Alonso Hernández del Portillo. *Historia de Gibraltar*. Introducción y notas de Antonio Torremocha. Centro Asociado de la UNED. Algeciras, 1994, p. 79.

36 Tan baja era la zona, que Portillo dice con respecto a la Puerta del Mar: “En nuestro días, antes de la fabrica del muelle, vimos todos como entraba la mar por la puerta que lleva este nombre hasta dentro de las casa aún estando con mucha oblicuidad y protegida por un antemuro”. Y con respecto a la puerta por donde por donde los benimerines metían las galeras también observa que “hoy se ve cerrada cerca de la Puerta del Mar”. *Ibidem*.

37 Siguiendo los dibujos de Antón van der Wyngaerde Antonio Torremocha y Ángel Sáez han calculado que la torre albarrana del Espolón estaba separada unos veinticinco metros del muro principal de las atarazanas. Véase Torremocha Silva y Sáez Rodríguez. *Fortificaciones islámicas...*, p. 187.

38 Calderón Quijano. *Las fortificaciones...*, p. 49.

39 Alberto Sanz Trelles. *Catálogo de los protocolos notariales de Gibraltar y de su Campo (1522-1713)*. Instituto de Estudios Campogibraltareños. Algeciras, 1998, documento nº 132.

otro documento de 1627, obligaba a que las murallas de la ciudad formaran un entrante en la misma y era por entonces el lugar de evacuación de todas las aguas “negras” de buena parte de Gibraltar y el cono de deyección de todas las pluviales en la parte septentrional del Peñón. Por ahora no conocemos ni la longitud ni la profundidad de ese caño en el siglo XVII y menos todavía las dimensiones que pudiera tener en el siglo XIV, pero hemos de suponer que al construirse la muralla meridional de La Barcina para defender las atarazanas por este lado —y quizá también para dar salida al curso natural de las aguas y al arrastre de las torrenteras que bajaban del monte—, se pudo hacer un foso desde el mismo escarpe rocoso hasta el mar separando las atarazanas de lo que luego fue La Turba y protegiendo la muralla de cualquier ataque externo. Operación similar a la que se hizo en el siglo XVII cuando se ahondó el foso que bordeaba el baluarte de Nuestra Señora del Rosario por su lado del mediodía hasta llegar más arriba de la Puerta de África.⁴⁰

Visto lo anterior y retomando el asunto donde apuntábamos que el trazado de la muralla litoral merini lo que hizo fue adelantar la línea de defensa por el lado occidental de la isla, no sería extraño que su trazado se hiciera siguiendo la línea de pleamar⁴¹ en la misma abarcando los salientes donde luego se emplazaron la Plataforma de Santa Ana⁴² y también la de San Lorenzo. Un poco más al sur de esta última se observa un significativo entrante, que en el siglo XVII se protegió con la Plataforma de San Diego, donde posiblemente llegara la parte más meridional y estrecha de la hipotética isla que tratamos de situar. Ahora bien, para que aquí hubiese una isla tal y como nosotros entendemos este concepto geográfico, debía existir forzosamente una estrecha depresión —sin descartar su origen humano como otro foso cualquiera⁴³— que con más o menos profundidad se prologaba en dirección norte-sur siguiendo una trayectoria ligeramente divergente con la línea occidental de costa de manera que la parte más amplia de la isla estuviese frente a los escarpes rocosos existentes en la esquina occidental de la Villa Vieja, tal y como intentamos representar en la figura 2.

40 Calderón Quijano. *Las Fortificaciones...*, p. 50 y fig. 4.

41 No olvidemos que en el ataque a Gibraltar de 1436 por parte del conde de Niebla, éste llegó a desembarcar en la playa y tuvo que retirarse cuando subió la marea.

42 Seguimos en esta denominación a Ángel Sáez Rodríguez. “Una imagen del Gibraltar español. La ciudad de los Austrias”. *Castillos de España*, nº 136. Madrid, 2005, p. 8.

43 Como ejemplo, sirva el caso de la laguna que se encontraba a la entrada de Gibraltar entre el istmo y Puerta Tierra.